





ilustrados
C Á L A M O

ANTONIO MACHADO

Campos de Castilla

PINTURAS DE
JUAN MANUEL DÍAZ-CANEJA

C Á L A M O



© de esta edición, EDICIONES CÁLAMO, 2021
© de las pinturas, FUNDACIÓN DÍAZ-CANEJA (PALENCIA)

ISBN: 978-84-16742-28-8
Dep. Legal: P-144/2021

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: EDICIONES CÁLAMO
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.ºF
34005 PALENCIA (España)
contacto@edicionescalamo.es
www.edicionescalamo.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Sobre Antonio Machado, y en particular sobre *Campos de Castilla*, se ha escrito todo y de todo. Se conocen al dedillo los pormenores de su estancia en Soria y de cómo se fue fraguando el libro. Se sabe que entre sus páginas abandona el ensimismamiento simbolista de «Soledades», para abrirse, como él mismo precisa, al simple amor a la naturaleza, a la preocupación patriótica y a los enigmas del hombre y del mundo, a una poética, en definitiva, más volcada hacia fuera, menos introspectiva; más entrañada, menos evanescente. No se agotan aquí, por supuesto, sus temas: la reinención del Romancero con «La tierra de Alvargonzález», las parábolas, los poemas del campo andaluz, los sentenciosos proverbios, los elocuentes elogios, las irónicas estampas provincianas... Y, por encima de todos, Leonor.

Todo esto ha pasado a ser del común, pero cada revisión de este libro capital es capaz de iluminar sentidos nuevos, en los que no habíamos reparado, porque su lectura es inagotable. Restan aún, al margen de los más frecuentados, muchos hilos distintos de los que tirar. Hay quienes han tachado de elemental, por caso, la apelación a la ética de la bondad en «Retrato» cuando, al cabo, tal vez esta sea la única respuesta posible del hombre contemporáneo al desabrigoado nihilismo imperante y, si no, a la obra del filósofo Emmanuel Lévinas y su concepción del otro me remito.

Aquellos que, por ejemplo, alegan, no sin razón, que Machado muestra en algunos poemas una visión de Castilla dura, poco complaciente, deberían considerar el enorme, ejemplar esfuerzo de adaptación del poeta sevillano a estos pagos, pese al carácter hosco que se nos achaca y a su propia naturaleza introvertida, alérgica al cascabeleo social. Este empeño se me antoja especial-

mente reseñable en el campo semántico: del uso de términos ajenos al habla local en los primeros acercamientos del libro a nuestra tierra, después para él sagrada, a raíz de la muerte de su mujer, a la dolorosa precisión, casi agropoecuaría, en la distancia, de «A José María Palacio».

Así podríamos seguir desmontando otros tópicos a partir de caminos interpretativos que eludan los habituales, toda vez que nos encontramos sin duda ante unos poemas que ocultan, bajo la llaneza de su pulida superficie libre de adherencias mostrencas, una gran fuerza lírica de lectura polisémica: el signo indeleble de los clásicos. Y siempre con una pobreza retórica digna de admiración, máxime en un periodo literario en el que se estilaba el engolamiento modernista. La misma pobreza proverbial de su torpe vestir, y aun de su vida y de su muerte; la misma pobreza tipográfica de la primera edición rústica de este libro.

Ahora, aquella edición se enriquece, sin renunciar a su limpidez, gracias al diálogo con la pintura de Díaz-Caneja, tan cercano, en cuanto a la estética despojada y sustancial que se orienta hacia una metafísica de lo castellano, al poeta que describió «los páramos de asceta», con esa misma sequedad, en el fondo, teresiana. No hay un pintor, creo, que transmita con tanta propiedad la emoción espacial, sobria y austera, adusta incluso, que caracteriza el sentido último de *Campos de Castilla*; al menos el que a mí más me llega, el que opera, como el pincel del palentino, por reducción a lo esencial. Esa pintura parca, casi esquelética de Caneja, que va también adelgazándose con la edad, se encamina, como la poética de Machado, hacia la búsqueda de la voz interior a través del paisaje de la Meseta.

En suma, cumplido un siglo desde que viera la luz el núcleo más significativo de este libro emblemático, la gracia de «unas pocas palabras verdaderas» nos sigue conmoviendo, permanece; salvo hecatombe cultural, «hoy es ayer todavía», permanecerá para siempre, unida a Soria como epítome de lo castellano.

FERMÍN HERRERO

ANTONIO MACHADO

CAMPOS DE CASTILLA

PINTURAS DE
JUAN MANUEL DÍAZ-CANEJA



RETRATO

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.